

el amor a la iglesia

CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

OBISPO DE TALCA

PREDICACIÓN DEL OBISPO EN EL CINCUENTENARIO DE LA
DIOCESIS DE TALCA.

8 DE DICIEMBRE DE 1975.

EL AMOR A LA IGLESIA

Estamos celebrando el final del Mes de María y en este 8 de Diciembre de 1975 he pensado que la Virgen María mirará con mucha ternura que reflexionemos juntos sobre un tema: el amor a la Iglesia.

La Iglesia la fundó Jesucristo y nada hay que agrade más a María que el que hablemos sobre la obra predilecta del Señor, que es la Santa Iglesia.

Y este tema viene bien tratarlo ahora. Cumplimos cincuenta años de la fundación de esta Diócesis, desde que Talca tuvo su primer Obispo, Mons. Carlos Silva, en 1925. Cincuenta años marcados de un modo muy especial por el segundo Obispo de Talca, Mons. Manuel Larraín que tanto bien hizo al país, a Talca y Curicó, por su amor a la verdad, su preocupación por la justicia, su profundo amor a la Iglesia a los campesinos y a los pobres.

Celebramos también los 10 años del Concilio Vaticano II que le dio a nuestra Iglesia una vitalidad nueva, un empuje nuevo para anunciar la Persona del Señor.

En estos días, hemos recibido, además, el mejor regalo que podría habernos enviado el Santo Padre Paulo VI. Ese regalo es el nombramiento de Alejandro Jiménez, como Obispo Auxiliar de Talca.

Junto con los motivos de alegría: 50 años de la fundación de la Diócesis, 10 años del Concilio y el nombramiento del

Obispo Auxiliar, aparecen motivos de preocupación que hacen necesario que reflexionemos sobre el amor a la Iglesia.

Nuestra Iglesia, en todo el País, ha recibido enormes críticas, hemos estado en la boca de mucha gente, católicos y no católicos, hemos sido objeto de tensiones y preocupaciones que todos ustedes conocen. Hemos sido discutidos por algunos, atacados y defendidos. La Iglesia chilena ha recibido apoyos y defensas, ataques y ofensas. Hemos visto cómo se han mezclado las tensiones, las esperanzas, las agresividades y el cariño. Y se han escuchado en muchos labios las frases tantas veces repetidas: "Creo en Cristo, pero no creo en los sacerdotes", "los sacerdotes hacen política".

"Me quedo con la Iglesia que conocí desde niño". "No estoy de acuerdo con los cambios porque me quitan la fe". "Soy cristiano enchapado a la antigua y no acepto estas novedades". "Soy católico a mi manera"... son algunas de las muchas expresiones que escuchamos con respecto a la Iglesia, a los sacerdotes y a los Obispos.

Por eso parece necesario que reflexionemos sobre la Iglesia y hoy día es una buena oportunidad para hacerlo.

Hace ya varios años, más exactamente en 1969, en nuestro Sínodo diocesano, se definió al cristiano. Se dijo que ser cristiano es poseer tres grandes valores: creer en Cristo, vivir para los demás y amar la Iglesia.

En estos años los cristianos hemos crecido en el conocimiento y en el amor a la Persona de Jesús, se ha revalorizado la Palabra de Dios, del Santo Evangelio. Jesucristo, hoy día, constituye el ideal y la meta de muchos corazones cristianos.

En estos años se ha revitalizado el vivir para los demás y basta ver la ayuda fraterna de las comunidades cristianas los comités de solidaridad, los comedores infantiles y

universitario, y tanto gesto hermoso de apoyo de los cristianos a otros hermanos en necesidad.

La gran dificultad radica en que el amor a la Iglesia, el tercer gran elemento necesario para ser cristiano, no ha logrado crecer en forma verdadera.

Como Obispo de la Iglesia quisiera poder explicarles lo que es la Iglesia y cómo abordar los problemas con los ojos y con los criterios de Cristo. Quisiera poder comunicarles para dónde va la Iglesia y qué significa lo que sucede entre nosotros. Quisiera poder explicarles por qué nos preocupamos del hombre que no tiene trabajo, del ciudadano que está detenido o encarcelado. ¡Cómo explicarles que todo lo que estamos haciendo no responde a un capricho o a una idea falsamente politizada, sino que responde a una fidelidad al Señor y a su Evangelio!

Posiblemente el drama o el cortocircuito de muchos "católicos" con su Iglesia está en una raíz muy profunda. No estamos de acuerdo en lo que es la Iglesia ni en lo que entendernos por Iglesia, cuando estamos hablando de Ella.

Me atrevo a proponerles la definición de Iglesia que dio — hace cerca de dos siglos,— un obispo católico. Él dijo:

"La Iglesia es Jesucristo extendido y comunicado". En otras palabras: **la Iglesia, hoy día, debe ser la prolongación viva, verdadera de Jesucristo, nuestro Señor.**

Y entonces podremos entendernos.

1. Si Cristo tendió la mano a los desvalidos, a los que sufren, a los enfermos, la Iglesia deberá hacer lo mismo. Tendrá que vivir la historia del buen samaritano (Lc. 10, 30-37) que atendió al hombre golpeado en el camino y lo llevó hasta pagar la cuenta y los gastos que le significaba esta acción. No olvidemos que existen muchas maneras de pagar una

cuenta y una de ellas consiste en ser puestos en sospecha, en ser mal calificados. Recordemos que Jesucristo murió crucificado entre dos ladrones por ayudar a quienes lo necesitaban.

Jamás podrá la Iglesia hacerse solidaria de los insensibles al dolor humano, de aquellos que "pasan de largo" como dice el Evangelio y no quieren compartir el sufrimiento de cualquier hombre o mujer, sean quienes sean. Es demasiado fuerte el pasaje del Juicio final, del capítulo 25 de San Mateo, para ignorarlo o quedarnos indiferentes junto al enfermo, al forastero, al que padece hambre.

2. Si Cristo no buscó el poder, ni la compañía de los poderosos, y centró su Evangelio en el amor, en la bondad, en el perdón, quiere decir que su Iglesia no podrá ambicionar poderes e influencias y deberá estar más cercana a los humildes, a la gente sin importancia.

Significará la molestia de los poderosos, porque nada molesta más a un hombre con poder, con dinero, con prestigio, que el que no se le pida su protección. Y Cristo no pidió muchos favores. Ofreció amor, pidió justicia y eso no suele agradar a quienes tienen el poder o las influencias.

Cristo tenía fuerza, tenía verdad; pero nunca tuvo poder. Si la Iglesia quiere ser fiel a su Señor deberá caminar en esa misma línea.

La Iglesia no es un poder. Será y deberá tratar de ser siempre un servicio. Cristo "viene a servir y no a ser servido" (Mt. 20,28). La fuerza de la Iglesia está en servir, en el amor que no exige respuesta, en la actitud no proselitista sino simplemente de servicio.

Si comprendiéramos lo que significa la Iglesia servidora

—más que la Iglesia del poder— cuánto cambiarían tantos hermanos nuestros.

El precio del servicio verdadero es pasar desapercibidos, es hacer ruido. Significa ayudar sin prepotencia y sin aplastar jamás la dignidad humana, con gran respeto a quienes no piensan como nosotros.

3. Si Cristo trató de unir la fe y la vida, si El trató de darle una mirada de fe a toda la vida, si en El no hay diferencias entre la vida, el quehacer diario, el trabajo, o lo que sea, con la fe y la confianza en Dios, la Iglesia deberá trabajar por hacer lo mismo.

Habrán comunidades cristianas de personas que vivan en el amor, en la solidaridad, con aspiraciones comunes. Lo habrá por fidelidad al Señor que nos dijo que- "donde dos o tres se reúnan en mi nombre allí estaré Yo en medio de ellos" (Mt. 18,20).

Unir fe y vida trae problemas y para muchos "católicos" que no han entendido esta necesidad de unir la religión con los acontecimientos, este intento significará una Iglesia distorsionada, mal orientada, disolvente.

Quieren una fe "espiritual", entre comillas, que no toque la vida, que no toque los negocios, que no trate sobre salarios justos, que sea "aséptica", sin gusto a nada. Rasgarán sus vestiduras porque la Iglesia sufre al ver los rostros y los corazones entristecidos de tantos campesinos que están perdiendo la esperanza de ser propietarios de las tierras con que tanto soñaron. Protestarán contra los Obispos y sacerdotes que se preocupan por el drama de la cesantía y entran en los problemas candentes.

Es verdad que es más simple y más cómodo no tocar jamás nada conflictivo y mantener la teoría de que la Iglesia

debe quedarse en las sacristías preparando los niños para la Primera Comunión. Pero nos guste o no nos guste, Cristo preparó a las personas para recibir la Gracia de Dios y junto a eso, realizó también, una acción liberadora sobre la totalidad del corazón humano. Basta pensar en la mujer caída en adulterio (Jn. 8. 1-11) en el paralítico que estaba junto a la piscina (Jn. 5. 1-9) en el centurión que tenía tantos hombres a su cargo (Mt. 8. 5.), en la prostituta que con la acción de liberación de Jesús llegó a estar junto a Él en la Cruz (Lc. 7. 36-50) en Zaqueo que cobraba los impuestos (Lc. 19, 1-10) en Dimas, el Buen Ladrón, cuando estaba crucificado (L. 23, 39-46). La Iglesia debe seguir el ejemplo de su Maestro y prolongar a Cristo o se traiciona a sí misma.

4. Si Cristo murió por la verdad, si Juan Bautista fue decapitado por proclamar lo que era justo. Si Cristo es la Verdad, tendremos que seguirlo por este camino doloroso y crucificante de dar la vida por la verdad.

Él lo dijo: "el discípulo no puede ser más que su Maestro" (Jn. 13, 16).

La Iglesia deberá vivir en la verdad, no se pueden transar los principios y no se pueden vender las personas.

La Iglesia deberá dar testimonio de la verdad. Deberá luchar por la igualdad de todos los hombres y deberá ayudar a que todo hombre sea respetado y dignificado.

5. Si Cristo insistió en la profundidad del corazón, si Él se quejó de su pueblo que sólo lo honraba con los labios, pero tenía el corazón pagano (Mt. 15, 8-9), si Él nos llama una religión verdadera, profunda, silenciosa, sin pompas y sin tanta exterioridad, la Iglesia deberá seguir ese camino.

Le caerá mal a quien sólo se quede en las exterioridades, en lo superficial, a los que viven una fe ritualista, que a veces parece casi mágica. La Iglesia que Cristo soñó debe ir al corazón de los hombres para lograr la profundidad de una conversión verdadera.

6. Si Cristo nos dice que debemos ser "sal, fermento y luz" (Mt. 5, 13-16). Que "la sal se pierde en la masa tal como la levadura en el pan", eso significa que la Iglesia de Cristo debe trabajar por lo mismo.

Con las estructuras indispensables, con pocas complicaciones, con la menor burocracia posible. Pero con mucho amor.

7. Si Cristo lucha contra el fariseísmo, contra la hipocresía, la Iglesia deberá hacer lo mismo. No puede ser una Iglesia de falsos diplomáticos, de ambigüedades o de verdades a medias.

Debe tratar de no caer en el duro juicio del Señor para quienes no viven con el corazón lo que dicen creer. Basta leer a San Mateo en el capítulo 23 para entender lo que Cristo quiere de su Iglesia: "Pues ustedes son semejantes a los sepulcros bien pintados que tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos y de toda clase de podredumbre. Ustedes también aparecen exteriormente como hombres religiosos, pero en su interior están llenos de hipocresía y de maldad". Palabras duras; pero son palabras del mismo Cristo. La Iglesia debe prolongar al Señor viviendo con el corazón sus enseñanzas.

8. Si Cristo nos dice que "no es posible parchar la ropa vieja con remiendos nuevos" y que "el vino nuevo no se guarda en vasijas viejas" (Mc. 2. 21-22), quiere decir que nuestra Iglesia siempre debe caminar en una renovación verdadera. No puede ser una Iglesia vieja, apegada al

pasado. Siempre deberá ser una Iglesia de mentalidad joven que desea servir al tiempo y a los hombres de su época.

Podría seguir nombrando los aspectos de Jesucristo que debe vivir la Iglesia. Es esa la tarea de un Obispo, de un Pastor: trabajar para que los católicos sigan a Cristo y no hagan del cristianismo una caricatura o una burla del Evangelio.

Esa es nuestra tarea, la de todos nosotros, quienes nos declaramos cristianos.

Esta es la Iglesia de Cristo, la de Juan XXIII, la de don Manuel Larraín. Esta es la "Madre y Maestra" como la llamó el Papa Juan. Esta es la Iglesia que todos debemos construir. Esta es la Iglesia que formamos todos los cristianos. De esta Iglesia somos hijos y no de otra que quisiéramos. Esta es la iglesia que va construyendo el Espíritu Santo a través de los instrumentos suyos que somos todo el Pueblo cristiano. Puede ser un sueño para muchos, querer construir una Iglesia así. Será una ilusión para otros; pero es la Iglesia que todos los cristianos debemos construir.

Hagámoslo con fe, unidos, con mucha esperanza. No nos quedemos en las pequeñeces que dividen, no le hagamos el juego a quienes trabajan en la sombra por separar la Iglesia de sus Obispos.

Esta es la Iglesia que debemos aprender a amar. Amarla como ella es, con todas sus limitaciones y sus cosas buenas, amarla con el deseo de ayudar a construirla, con el deseo de hacerla cada vez más fiel al Señor. Ese es el sentido del amor: la donación, la entrega del corazón. Ojalá que no tengamos con la Iglesia esa actitud mercantilista de darle, sólo a cambio de algo; de darle, sólo

si recibimos de Ella. El amor es donación, y donación gratuita. El amor no espera recompensa.

Amar a nuestra Iglesia, porque **amar a la Iglesia es amar a Cristo.**

Tal vez hemos separado lo que no se puede separar y ahí está nuestro gran error. Cristo y la Iglesia no pueden ser separados.

Por eso el amor a la Iglesia debe ser paciente, debe saber esperar. Debemos tratar de evitar lo que, con mucha sencillez, decía alguien: "que el amor no se canse".

Hemos tenido errores humanos; pero la Iglesia es divina a pesar de nuestros errores humanos.

Aquí se nos pide el paso de la fe, caminar juntos con nuestros Obispos, sucesores de los apóstoles para construir con amor la Iglesia del Señor.

Amar a la Iglesia es la consecuencia lógica y final de creer en Cristo y de vivir para los demás. Seguramente ustedes se preguntarán por qué no vivimos más a fondo esta unión de Cristo con la Iglesia y por qué no presentamos más claramente el rostro de Cristo a través de nuestra Iglesia.

La cruda realidad es que somos inconsecuentes, nos falta valor, nos falta visión y tenemos miedo de vivir la verdad completa.

Pidamos a la Virgen María que nos dé la fuerza para vivir esta gran verdad, para entender que la Iglesia es **Cristo extendido y comunicado.** Y que la Iglesia es Cristo.

Pidamos la fuerza para jamás separar a Cristo de la Iglesia. Él es la Roca, el fundamento y el único pilar firme sobre el cual se construye la Iglesia.

Dios quiera que logremos crecer en nuestro compromiso con la Iglesia para vencer el individualismo y toda pequeñez que nos aleja de la verdad.

Ojalá que no tengamos la torpeza de caer en la trampa de quienes juegan o utilizan la gran fe de los chilenos y tratan de dividirnos por maldad o por inconciencia.

Pidamos la gracia a María, de construir una Iglesia con más verdad, con mayor amor a la justicia, con una gran autenticidad.

Que la Virgen bendiga nuestra Iglesia, a nuestra familia, y nos ayude a romper la dureza de nuestros corazones para poder entender o que Cristo pide hoy día a sus cristianos a sus pastores y a toda esta prolongación viviente del Señor que se llama Iglesia Católica.

Así sea.

CARLOS GONZALEZ CRUCHAGA
Obispo de Talca

Diciembre 8, de 1975.